

## Jilaña

por Mauricio Rodríguez

Escapé de casa por amor. Fue a finales del 2003, una semana después de que Alejandra viajó a organizar un mitin en la mina de Catavi. En los primeros días de lo que fue Octubre Negro. Ella estudiaba Sociología. Era socialista, a veces anarquista. A veces cristiana evangélica. En ese entonces yo tenía dieciocho años, cursaba las primeras materias de la universidad y no tenía nada de dinero. Tampoco me importaba. En realidad, con lo poco que tenía me bastaba. La vida era una mierda, mi vida era una mierda. Dejé La Paz, siendo ayudante de chofer en un minibús provincial. Nissan 1990. Marrón. Parabrisas agrietado, luces delanteras descompuestas y carrocería oxidada. En mi segunda semana de trabajo el minibús fue alquilado para transportar a la banda Real Continental. Veinte músicos vestidos con sacos verdes, pantalones blancos. Don Emilio, mi jefe, al principio se negó. Terminó aceptando por el dinero. Veinte veces de lo que ganaba en una jornada. La carretera a Oruro está bloqueada, dijo. Iremos por el sendero del contrabando. ¿Cargo los bidones con gasolina?, pregunté. No seas pendejo. Iremos por la ruta de los contrabandistas. Encendió el motor. Luego de un rato, mirándome de reojo, dijo:

—En Taucachi llenaremos los bidones. Los alistas.

La segunda parada fue en Ayo Ayo. Mi padre fue compositor, me contó uno de los trompetistas. Lo besó el diablo. Lo templó como deben templarse los instrumentos. Mi padre se perdió en este laberinto de tierra. Fue cuando era niño.

Fue en Huari. Lo buscaron toda la noche pero ningún paisano lo encontró. Lloró de miedo. No del miedo que todos tenemos ante la oscuridad. Lloró al descubrir el horror que te invade al darte cuenta de que estás perdido desde hace mucho tiempo. Desde que naciste. Desde que sabes que nada tiene remedio. Luego está el beso del diablo. De eso jamás me quiso hablar. Cada vez que estaba borracho me contaba la misma historia. Me decía que bebía como el diablo le había enseñado. El caso es que compuso cien morenadas porque fue templado.

—También robó cincuenta composiciones a su tío —dijo el platillero riéndose por lo bajo.

En todo el camino hacia Ayamayo los músicos cantaron morenadas que trataban de la soledad. De la soledad y el amor. De la soledad y el engaño. De la soledad y el alcohol Caimán. De la soledad y de mujeres extraviadas o raptadas en el altiplano. Pensé en Alejandra con algo de desesperación. Incertidumbre. Tristeza. Sentí náuseas. Me sentí errar entre muchos senderos que no tenían final, lleno del polvo de la carretera que cubría mi garganta. Mira a tu izquierda, dijo don Emilio. ¿Ves ese pueblo? ¡Carajo! Yo era joven cuando se inundó. Recuerdo el agua como un espejo que reflejaba todo. Recuerdo los techos oxidados donde esperaba la gente. ¿Qué esperaba? ¿Ayuda? ¿Piedad? ¿Caridad? Nada de eso. Esperaba como esperaron sus abuelos en la sequía, como esperaron sus padres luego de la granizada que destruyó las cosechas. Pero llegaron unos evangelizadores en una barca. Acogieron a la gente en ella. Hablaron de ayuda, piedad, caridad. Y se llevaron a los más jóvenes. ¡Fueron salvados! En agradecimiento cambiaron de nombre al pueblo por el de la barca: Belén. La

inundación pasó. Los jóvenes sólo regresaron para recoger sus cosas. Se despidieron de sus abuelos, de sus padres. De su tierra. Se fueron. Yo también me fui con ellos.

—Ahora es un pueblo de viejos. Ya desaparecerá.

Sol, tierra seca, polvareda: Angostura. Jiska Pampa. Chata. Challavito. Chuiña. Machaca. Colliri. Tirata. Chorocasi. Catuyo. Quisipata. Estancia Rosa Pata.

Cerca de Andamarca el radiador del minibús se averió. Mierda, se está saliendo el agua, dijo don Emilio. Hoy no llegamos a ningún otro lado. El viento helado pasaba nuestros rostros, golpeaba con fuerza las paredes desconchadas de las viviendas, hacía crepitar los techos de paja. El sol apenas iluminaba con un amarillo enfermizo. Empujamos el minibús hasta la plaza central. Los pobladores eran sombras envueltas en bayetas de tierra. Ingresaban con rapidez a sus viviendas, algunos encendían lámparas a kerosene. Cuando anocheció buscamos alojamiento por el intenso frío. Ningún poblador nos abrió sus puertas. Estamos esperando una reunión, nos decían por las aberturas de las ventanas. Tomaremos decisiones. En La Paz dos de nuestros hermanos murieron. Los militares los mataron. Los pocos pobladores que caminaban en las calles de tierra arrastraban cajas de madera hacia la plaza. Golpeamos, con cierta desesperación, la puerta de una iglesia. Un arqueólogo español llamado Aníbal nos abrió. Cojeaba. Era manco, también tuerto. Esto no es mío, dijo, sólo restaura pinturas coloniales.

Pero os dejo pasar la noche con tal de que hagamos jaleo. Con una caja de cerveza os acepto lo que queráis.

—Este pueblo está muerto, ¡hostias!

Los músicos tocaron hasta el amanecer. Bebimos. Nos emborrachamos. Aníbal me contó que en la Guerra Civil su hermano era un rebelde. Intentó escapar por una sierra pero los militares lo encontraron, lo prendieron, dijo. En La Muiña pararon para comer en una taberna y lo ataron a una argolla que se utilizaba para amarrar al ganado. Después se dirigieron por un macizo en dirección a Montecubeiro, que había sido declarada zona de guerra. Ascendí a escondidas detrás de ellos. Los militares subían alegres haciéndose chanzas, cantando zarzuelas, coplas, como si la guerra hubiese sido parte de la escenografía de papel de una obra escrita por chavales, dirigida por chavales, actuada por chavales, ¡me cago en la leche!, llegaron hasta la punta de aquel cerro y empujaron a mi hermano al suelo, lo desvistieron, lo voltearon, y su rostro miraba al sol, joder, cantaban con una inocencia que jamás vi, que jamás volví a ver. Luego le cortaron los testículos, le quitaron los ojos, le cortaron la lengua. Siguieron cantando. Y lo remataron a palos y a tiros de escopeta.

—Fue en septiembre de 1936.

Salí tambaleándome de la iglesia, antes del alba. Miré que algunos pobladores se reunían en la plaza. Oí que marcharían a La Paz. La revolución, decían a gritos. ¡Libertad para nosotros! Reventaron unos petardos. Y se hicieron lejanos entre el ventarrón. Luego quise llorar como jamás había llorado, pero nada

salió. Pensé en dejarlo todo. No regresar a casa. No ir en busca de Alejandra. Y caminé sin mirar atrás, perdiéndome por algún sendero del altiplano.